

LIBROS ENTREVISTA

Tash Aw

“Aprendí a sobrevivir como hombre gay porque antes sobreviví como inmigrante”

El autor malasio publica *El sur*, primera entrega de una tetralogía con la que cuestiona la tradición épica a través de temas como los silencios familiares, la desigualdad social o la experiencia *queer*



Por **Álex Vicente**

Tash Aw (Taipéi, 1971) lleva dos décadas escribiendo sobre las fracturas de la Malasia contemporánea, el país de su infancia y el centro magnético de su literatura: entre campo y ciudad, pobreza y ascenso social, pertenencia y sentimiento de extranjería. Debutó con una novela histórica como *La fábrica de sedas* (Salamandra), pero quizá su libro más extraordinario sea *Extraños en el muelle* (Amok), un pequeño volumen donde reconstruyó la emigración de sus abuelos desde China, la pobreza de sus padres y los silencios familiares que marcaron su infancia.

Aw acaba de publicar *El sur* (Anagrama), una de las grandes apuestas narrativas de la *rentree* y primera entrega de una tetralogía familiar ambientada de nuevo en Malasia. Durante un mes de sequía, el deseo homosexual de Jay, su protagonista adolescente, irrumpe mientras la finca heredada por su familia empieza a resquebrajarse, igual que el país en su totalidad. Aw creció en Kuala Lumpur, estudió en Londres y hoy vive en París. En la capital francesa respondió a nuestras preguntas, sentado en uno de los bancos de muelles de Le Select, histórica *brasserie* del barrio de Montparnasse, frecuentada en su día por Hemingway, Fitzgerald, Beckett y Picasso.

Pregunta. Desde que empezó a escribir, quiso firmar una gran novela épica de 1.000 páginas situada en Asia. ¿Qué queda de su ambición en *El sur*?

Respuesta. Es verdad que al principio de mi carrera pensaba que algún día, cuando tuviera suficiente oficio, escribiría una gran saga familiar asiática, siguiendo a varios personajes a lo largo de un siglo. Luego me di cuenta de que ya no me interesaba ese tipo de novela, ni siquiera como lector. Empecé a pensar en una épica más fiel a nuestra época: íntima, fragmentaria y episódica. No vivimos nuestra vida como un relato grandioso con una coherencia total. Recordamos un mes, un año, una escena, un encuentro. De ahí salió la idea de una sola obra reparada en cuatro volúmenes. En realidad, esa épica tradicional exige cierta arrogancia masculina...

P. ¿A qué se refiere?

R. Al hecho de que un escritor pueda mirar una época desde arriba y decir: entiendo a la perfección lo que ocurrió, cómo la historia afectó a cada individuo, y procedo a contárselo a mis lectores. Casi nadie posee ese conocimiento, ni siquiera los más importantes politólogos e historiadores. Quería hacer algo parecido a mi forma de entender el mundo: nunca sé del todo qué está pasando. Quise reducir la épica a unas pocas vidas, en un lugar concre-

to y durante un mes, y aun así intentar que representara algo mayor.

P. Nació en Taipéi y creció en Kuala Lumpur, pero ha vivido casi toda su vida adulta en Europa. ¿Por qué vuelve una y otra vez a Malasia?

R. Porque es el país de mi infancia y el lugar con el que he tenido la relación más complicada. Tiene que ver con un sentimiento de exclusión [por formar parte de la minoría china en Malasia, cerca del 20% de la población]. Cuando

te dejan fuera de una sociedad o de un grupo social, acabas situándote en los márgenes y te dedicas, sobre todo, a mirar. Te conviertes en un observador. Esa posición forma mi mirada como escritor.

P. ¿Hasta qué punto Jay es una versión de usted mismo?

R. Nos parecemos en algo esencial: nunca me ha abandonado la ansiedad que él siente. A los 17 años crees que la vida será mucho más clara al hacerte mayor, pero luego descubres que esa inseguridad siempre formará parte de ella. También tiene que ver con la movilidad social, con ser un tránsito de clase: nunca sabes si has encontrado de verdad tu lugar. Y al ser un doble inmigrante, de país y de clase social, siempre me acompaña esta pregunta: ¿pertenezco realmente aquí o me echarán en algún momento?

P. Le hago la misma pregunta sobre su familia: ¿se parece a la suya?

R. Sí, bastante. La división entre la rama urbana y la rural viene directamente de mi familia. En la ciudad no éramos ricos, pero teníamos acceso a libros, al cine, a la educación, a la idea de que otra vida era posible. Mis primos del campo no tenían eso. Hace poco estaba dando una charla sobre mis libros en Ámsterdam y, ese mismo día, un primo me escribió para pedirme dinero porque unos elefantes salvajes habían derribado la valla de la finca. Nuestras vidas son hoy tan distintas que mi propio pasado a veces me parece un lugar inventado.

P. En sus libros, Asia nunca coincide con la imagen estereotipada que se proyecta desde Occidente. ¿Le molesta que todavía se espere exotismo de la literatura asiática?

R. Sí. Se presupone que existe una Asia pura, herméticamente cerrada, perfecta en su condición asiática, totalmente unificada. Eso no existe. Asia procede de largas historias coloniales y está llena de influencias exteriores, mientras sigue siendo profundamente asiática. Quien busca en mis libros una especie de perfección exótica no la encuentra por una sencilla razón: esa imagen es falsa, una simple fantasía.

P. Jay sufre acoso y teme constantemente la mirada de los demás. Su cuerpo lo delata: se ruboriza, se paraliza, se queda sin aliento. ¿Esa vergüenza abandona el cuerpo en algún momento cuando uno la asimila tan pronto?

El escritor malasio Tash Aw, a finales de julio en París. LÉA CRESPI

